

en la propia Ciudad Luz, por personas al tanto de la vida del diplomático tico.

Si mis informes son exactos, don Manuel María de Peralta llegó a París en circunstancias aflictivas y hubo de poner a contribución su talento, su ingenio y hasta su audacia para sobrevivir. Vino a resolverle su situación, definitivamente, el General don Tomás Guardia, que llegó a la capital francesa en calidad de presidente de Costa Rica. El magnate, que era hombre amigo de divertirse, encontró en su paisano el hombre que podía soñar para que le sirviese de cicerone por los vericuetos galantes de Montmartre.

De ahí que cuando el General Guardia regresó a la sede de su gobierno se preocupara de la suerte del marqués, al que hizo dar un puesto en el consulado parisiense, que le permitió ir tirando; colarse después en la legación, donde sus entronques sociales le facilitaron el matrimonio con una señora Gontaut-Biron, de la más rancia aristocracia francesa. Cuando conocí a don Manuel María, en su residencia de la Avenida Henri Martin, era decano del cuerpo diplomático de París, en tanto que su esposa criaba perros finos que ganaban los primeros premios en las exposiciones caninas. Rubén Darío, al que atraían los títulos nobiliarios, dedicó a la Marquesa de Peralta un soneto que comienza así:

"El olímpico cisne de nieve
con el ágata rosa del pico,
lustra el ala eucarística y breve
que abre al sol como un casto abanico".

*

Todos los días, antes de iniciar el trabajo oficinesco, don Manuel María preguntaba a su *attaché*, a manera de aperitivo, qué acontecimiento celebraba en esa fecha la humanidad. Mario, que en sus horas de ocio —que eran las más del día— se ocupaba en leer a

Renán, no acertaba con la efemérides que le solicitaba su jefe, por lo que éste le sermoneaba amablemente, diciéndole:

—Hay que estudiar la historia que es la maestra de la humanidad, pues los acontecimientos se repiten y constituyen, por lo mismo, una saludable lección para quienes ahora vivimos.

Si la efemérides de turno era, por ejemplo, la correspondiente a la angustiosa noche de San Bartolomé, Peralta, esponjándose como un pavorreal añadía:

—Carlos IX era un calzonazos que se dejaba gobernar por su madre, la cruel y astuta Catalina de Médicis...

Mario Sancho había observado que la pregunta de índole histórica que le formulaba don Manuel María todas las mañanas, sobrevinía después de una visita del Ministro a la biblioteca; por eso, penetró furtivamente en ella para indagar de dónde procedía la rebosante y siempre oportuna erudición del marqués. No tuvo que buscar mucho, pues sobre un facistol se tropezó con un lujoso volumen abierto —a manera de misal— que era nada menos que el *Libro de las Efemérides*. Pensó entonces que le podía dar una lección a su jefe, escondiendo incontinenti el tan manoseado mamotreto. Lo hizo tan presto, que no lo vio ni siquiera "Bibí", el perro favorito de la marquesa.

Al día siguiente, don Manuel María permaneció callado a la hora de la efemérides, por lo que Mario, para inducirlo a hablar, le preguntó:

—Ministro, ¿qué acontecimiento conmemora hoy el mundo?

Don Manuel María se hizo el sordo y, malhumorado, ordenó a Sancho lo siguiente:

—Escríbale al joven Quirós, que la *Le-Mario SANTA CRUZ*.

Bogotá, marzo, 1949.

CUADERNO DE BITACORA

El mito del trópico

Por Luis Alberto SANCHEZ

(En el *Rep. Amer.*)

"La calle se hunde como la hoja de una espada quebrada en el puño de la plaza... Los árboles hechizan la ciudad entera. La tela delgadísima del sueño se puebla de sombras que la hacen temblar... El aliento de los árboles aleja las montañas, donde el camino ondula como hilo de humo"... Son imágenes arrancadas de *Guatemala*, una maravillosa estampa de Miguel Angel Asturias. No puede ofrecerse nada más gráfico y fresco. Esta es poesía de dieciocho quilates. ¿Tropical? Paul Valery, ese gran arquitecto de metáforas, declara en la página liminar que las leyendas lo han dejado "traspuesto". He aquí al trópico impresionando una mente de tan fríos contornos como la de Valery, poeta extraviado y gran ensayista.

Las frases de Asturias y el comentario de Valery traen a colación un viejo tema: de si existe un estilo tropical.

En algunos países, especialmente en Chile y Argentina, se ha dado en llamar "tropical" a todo lo excesivo. Sin embargo, hay mucho exceso en algunos escritores "fríos", y gran medida en numerosos tropicales. Por ejemplo, Max Jiménez, ese costarricense de incoercible fantasía, lucía en su *Revenar* y su

Domador de Pulgas, dotes en verdad difíciles de igualar. Eran tan frescas sus imágenes y tan sencillas, que respiraban aire bíblico, y no llenaba su obra ese jadeante y caótico impulso —"tropical" si se quiere— de Neruda y Huidobro. Porque en *Altazor* se encuentran más rasgos de trópico que en *Revenar*, y *El habitante y su esperanza* de Neruda trasuda mayor exuberancia que *Leyendas de Guatemala*.

Ciertamente, el trópico, por su espléndida naturaleza predispone a la lujuria imaginativa y verbal. Quizás más a ésta que aquélla, y ahí reside su flaqueza. Pero, se trata de dotes individuales, comunes a cualquier latitud y, por cierto, nada dignas de reprobación o menosprecio, que de otra suerte iría en detrimento de todos nosotros, ya que Rubén Darío, un tropical de Nicaragua, y Enrique Gómez Carrillo, un tropical de Guatemala, y Rafael Arévalo Martínez, otro tropical guatemalteco, marcaron con su impronta los caminos del arte americano.

No quiero volver a discutir aquí, si existe un "estilo maya", pues eso restringe el tema, lejos de ampliarlo. Prefiero referirme a un estilo tropical, de lo que hablé alguna vez, en

mi libro *Vida y pasión de la cultura en América*. Lo contraponía entonces al Ande, olvidando la llanura. Hoy vuelvo sobre mis pasos y enfoco el tema de otra manera. Se trata de un asunto más vasto: psicológico. Los tropicales existen a menudo fuera del trópico, y los polares, andinos o pampinos, en pleno corazón de la manigua, abobados por calores irrespirables y por verdes que enceguécen.

Todos nos hemos equivocado muchas veces, pero, a Dios gracias, solemos rectificarnos, lo cual ensalza nuestra inteligencia. En este tema del trópico, confundimos, primariamente, las dictaduras pintorescas de Centroamérica con la inspiración de sus poetas; hicimos una sola cosa del arrebatado locuaz de sus oradores y de la parquedad metafórica. No nos dimos cuenta, sino hasta hoy, de que dictadores centroamericanos los hay hasta en respetables estados, donde se enarbola la razón y se considera el cálculo en preponderante puesto. Porque épocas hay, las de infancia o adolescencia, cuando se constituye algo nuevo, en que prima el tropicalismo, y épocas, cuando madura algo que dejó de ser nuevo, cuando prima la frialdad y triunfa el racionalismo. Si hacemos un exámen de conciencia, caeremos hoy en la cuenta de que Asturias, escritor centroamericano, coincide en la euforia imaginativa con los más ajustados cánones de la imaginería del frío Valery. Voilà.

El libro en ferias

(En *El Tiempo* de Bogotá, noviembre 19 de 1948).

Se agita a impulso del viento, en una de las más concurridas calles de Popayán, una ancha faja de lienzo atravesada de un alar a otro, con este anuncio: "Feria del Libro", en letra roja de gran tamaño. Pasan los días y las semanas sin que la feria se realice. En la fecha señalada por su inauguración los libreros no habían acudido con sus mercancías y las gentes aficionadas a la lectura, parecen mirar con indiferencia el aplazamiento, en que acaso no tienen fincadas ningunas esperanzas.

La institución de la feria del libro decae, según las apariencias, y anturalmente merma también la afición a la lectura de libros. El cine, el radio, las historias gráficas y el periódico diario, parecen satisfacer el anhelo de conocimiento y las aspiraciones metafísicas de una gran parte de la humanidad. Entre nosotros se añade a las causas de desprestigio del libro la cifra alarmante de los analfabetos. Antes de ahora la indiferencia de los gobiernos en materia de enseñanza elemental era corregida, aunque en pequeña escala, por la voluntad de algunos individuos que se sentían aislados y en posición inferior de la sociedad por su ignorancia para la interpretación de la palabra escrita, y se esforzaban por hacerse dueños de ese conocimiento. Hoy el cine hablado en español y el radio y la historia gráfica lo alivian parcialmente de la pesadumbre agobiadora del analfabetismo. Y el libro pierde por lo tanto una parte pequeña, pero claramente perceptible, de su significado como elemento cultural.

Además, parece que se conjuran contra el libro en esta amenaza de días peores y de incapacidad de los gobiernos y de los particulares para sortear escollos fiscales y económicos, la pobreza, la incertidumbre y la desidia. En Colombia, país de poetas y de letrados, el libro